

cia, este nuevo espectáculo no ofrecerá menores maravillas y portentos. El Catolicismo, que todo lo refiere y todo lo ordena á Dios, y que refiriéndolo y ordenándolo á Dios todo, convierte la suprema libertad en elemento constitutivo del orden supremo, y la infinita variedad en elemento constitutivo de la unidad infinita, es por su naturaleza la religion de las asociaciones vigorosas, unidas todas entre sí por afinidades simpáticas. En el catolicismo el hombre no está solo nunca: para encontrar un hombre entregado á un aislamiento solitario y sombrío, personificación suprema del egoismo y del orgullo, es necesario salir de los confines católicos. En el inmenso círculo que describen esos confines inmensos, los hombres viven agrupados entre sí; y se agrupan, obedeciendo al impulso de sus mas nobles atracciones. Los grupos mismos entran los unos en los otros, y todos en uno mas universal y comprensivo, dentro del cual se mueven anchamente, obedeciendo á la ley de una soberana armonía. El hijo nace y vive en la asociación doméstica, ese fundamento divino de las asociaciones humanas. Las familias se agrupan entre sí de una manera conforme á la ley de su origen; y agrupadas de esta manera, forman aquellos grupos superiores que llevan el nombre de clases; las diferentes clases se consagran á diferentes funciones: unas cultivan las artes de la paz, otras las artes de la guerra; unas conquistan la gloria, otras administran la justicia, y otras acrecientan la industria. Dentro de estos grupos naturales se forman otros espontáneos, compuestos de los que buscan la gloria por una misma senda, de los que se consagran á una misma industria, de los que profesan un mismo oficio; y todos estos grupos, ordenados en sus clases, y todas las clases jerárquicamente ordenadas entre sí, constituyen el Estado, asociación ancha, en la que todas las otras se mueven con anchura.

Esto bajo el punto de vista social. Bajo el punto de vista político, las familias se asocian en grupos diferentes: cada grupo de familias constituye un municipio; cada municipio es la participación en común de las familias, que le forman del derecho de rendir culto á su Dios, de administrarse á sí propias, de dar pan á los que viven, y sepultura á los muertos. Por eso cada municipio tiene un templo,

símbolo de su unidad religiosa; y una casa municipal, símbolo de su unidad administrativa; y un territorio, símbolo de su unidad jurisdiccional y civil; y un cementerio, símbolo de su derecho de sepultura. Todas estas diferentes unidades constituyen la unidad municipal, la cual tiene también su símbolo en el derecho de levantar sus armas y de desplegar su bandera. De la variedad de los municipios se forma la unidad nacional, la cual á su vez se simboliza en un trono, y se personifica en un rey. Sobre todas estas magníficas asociaciones, está la de todas las naciones católicas con sus príncipes cristianos, fraternalmente agrupados en el seno de la Iglesia. Esta perfectísima y suprema asociación es unidad en su cabeza, y variedad en sus miembros: es variedad en los fieles derramados por el mundo, y unidad en la cátedra santa que resplandece en Roma, cercada de divinos resplandores. Esa cátedra eminente es el centro de la humanidad, representada, en lo que tiene de varia, por los concilios generales, y en lo que tiene de una, por el que es en la tierra padre común de los fieles y vicario de Jesucristo.

Esa es variedad suprema, unidad suma y sociedad perfectísima. Todos los elementos que bramaban alterados y en desorden en las sociedades humanas, se mueven en esta concertadamente. El pontífice es rey á un mismo tiempo por derecho divino y por derecho humano: el derecho divino resplandece principalmente en la institución; el derecho humano se manifiesta principalmente en la designación de la persona; y la persona designada para pontífice por los hombres, es instituido pontífice por Dios. Así como reúne la sanción humana y la divina, junta en uno también las ventajas de las monarquías electivas y las de las hereditarias: de las unas tiene la popularidad, de las otras la inviolabilidad y el prestigio: á semejanza de las primeras, la monarquía pontifical está limitada por todas partes; á semejanza de las segundas, las limitaciones que tiene no la vienen de fuera, sino de dentro, ni de la ajena voluntad, sino de la propia. El fundamento de sus limitaciones está en su caridad ardiente, en su prodigiosa humildad, y en su prudencia infinita. ¿Qué monarquía es esta en la que el rey, siendo elegido, es venerado, y en la que, pudiendo ser reyes todos, está en pie eter-

namente, sin que sean parte para derribarla por tierra ni las guerras domésticas ni las discordias civiles? ¿Qué monarquía es esta en la que el rey elige á los electores que luego eligen al rey, siendo todos elegidos y todos electores? ¿Quién no vé aquí un alto y escondido misterio: la unidad engendrando perpétuamente la variedad, y la variedad constituyendo su unidad perpétuamente? ¿Quién no vé aquí representada la universal confluencia de todas las cosas? Y ¿quién no advierte que esa estraña monarquía es la representación de aquel que, siendo verdadero Dios y verdadero hombre, es divinidad y humanidad, unidad y variedad juntas en uno? La ley oculta que preside á la generacion de lo uno y de lo vario, debe de ser la mas alta, la mas universal, la mas escelente y la mas misteriosa de todas, como quiera que Dios ha sujetado á ella todas las cosas, las humanas como las divinas, las creadas como las increadas, las visibles como las invisibles. Siendo una en su esencia, es infinita en sus manifestaciones: todo lo que existe parece que no existe sino para manifestarla; y cada una de las cosas que existen, la manifiesta de diferente manera. De una manera está en Dios, de otra en Dios hecho hombre, de otra en su Iglesia, de otra en la familia, de otra en el universo; pero está en todo y en cada una de las partes del todo: aquí es un misterio invisible é incomprensible, y allí, sin dejar de ser un misterio, es un fenómeno visible y un hecho palpable.

Al lado del rey, cuyo oficio es reinar con una soberanía independiente, y gobernar con un imperio absoluto, está un senado perpétuo, compuesto de príncipes que tienen de Dios el principado. Y este senado perpétuo y divino es un senado gobernante; y siendo gobernante, lo es de tal manera, que ni entorpece ni disminuye ni eclipsa la potestad suprema del monarca. La Iglesia es la sola monarquía que ha conservado intacta la plenitud de su derecho, estando perpétuamente en contacto con una oligarquía potentísima; y es la única oligarquía que, puesta en contacto con un monarca absoluto, no ha estallado en rebeliones y turbulencias. De la misma manera que en pos del rey van los príncipes, en pos de los príncipes vienen los sacerdotes, encargados de un ministerio santí-

simo. En esta sociedad prodigiosa todas las cosas suceden al revés de como pasan en todas las asociaciones humanas. En estas la distancia puesta entre los que están al pié y los que están en la cumbre de la gerarquía social es tan grande, que los primeros se sienten tentados del espíritu de rebelion, y los segundos caen en la tentación de la tiranía.

En la Iglesia las cosas están ordenadas de tal modo, que ni es posible la tiranía ni son posibles las rebeliones. Aquí la dignidad del súbdito es tan grande, que la del prelado está en lo que tiene de comun con el súbdito, mas bien que en lo especial que tiene como prelado. La mayor dignidad de los obispos no está en ser príncipes, ni la del pontífice en ser rey; está en que pontífices y obispos son, como sus súbditos, sacerdotes. Su prerogativa altísima é incomunicable no está en la gobernacion; está en la potestad de hacer al Hijo de Dios esclavo de su voz, en ofrecer el Hijo al Padre en sacrificio incruento por los delitos del mundo, en ser los canales por donde se comunica la gracia, y en el supremo é incomunicable derecho de remitir y de retener los pecados. La mas alta dignidad está en lo que son todos los dignatarios, mas bien que en lo que son algunos. No está en el apostolado ni en el pontificado, está en el sacerdocio.(1)

Considerada aisladamente la dignidad pontifical, la Iglesia parece una monarquía absoluta. Considerada en sí su constitucion apostólica, parece una oligarquía potentísima. Considerada por una par-

(1) Además de la maravillosa gerarquía de *jurisdiccion*, que por varias gradaciones junta todas las partes del ministerio católico en una sola cabeza y en un centro comun, existe tambien en la Iglesia de Jesucristo la gerarquía de *orden*, segun la cual los obispos no solo se distinguen de los sacerdotes, sino que, por divina institucion, tienen la preeminencia sobre ellos. Esta verdad católica que se desprende de varios pasajes de este capítulo, en nada rebaja la exactitud con que el autor observa aquí el poder comun á obispos y sacerdotes de ofrecer el santo sacrificio, como tambien el de atar y desatar; supremas y augustas potestades, que tienen sin duda un altísimo y nobilísimo origen; en cuya inmensidad y esplendor queda la atencion tan embargada y tan absorto el espíritu, que apenas puede por un momento discernir la preeminencia de un orden sobre el otro.—Conviene notar aquí cómo el autor, tan perfectamente versado en la ciencia católica, no usa la palabra *potestad*, sino *dignidad*.

te la dignidad comun á prelados y sacerdotes, y por otra el hondo abismo que hay entre el sacerdocio y el pueblo, parece una inmensa aristocracia. Cuando se ponen los ojos en la inmensa muchedumbre de los fieles derramados por el mundo, y se ve que el sacerdocio y el apostolado y el pontificado están á su servicio; que nada se ordena en esta sociedad prodigiosa para los crecimientos de los que mandan, sino para la salvacion de los que obedecen; cuando se considera el dogma consolador de la igualdad esencial de las almas; cuando se recuerda que el Salvador del género humano padeció las afrentas de la cruz por todos y por cada uno de los hombres; cuando se proclama el principio de que el buen pastor debe morir por sus ovejas; cuando se reflexiona que el término de la accion de todos los diferentes ministerios está en la congregacion de los fieles, la Iglesia parece una democracia inmensa, en la gloriosa acepcion de esta palabra; ó por lo menos, una sociedad instituida para un fin esencialmente popular y democrático. Y lo mas singular del caso es que la Iglesia es todo lo que parece. En las otras sociedades esas varias formas de gobierno son incompatibles entre sí, ó si por acaso se juntan en uno, no se juntan jamás sin que pierdan muchas de sus propiedades esenciales. La monarquía no puede vivir juntamente con la oligarquía y con la aristocracia, sin que la primera pierda lo que naturalmente tiene de absoluta, y estas lo que tienen de potentes. La monarquía, la oligarquía y la aristocracia no pueden vivir con la democracia, sin que esta pierda lo que tiene de absorbente y de exclusiva, como la aristocracia lo que tiene de potente, la oligarquía lo que tiene de invasora, y la monarquía lo que tiene de absoluta; viniendo á convertirse en definitiva su mútua union en su mútuo aniquilamiento. Solo en la Iglesia, sociedad sobrenatural, caben todos estos gobiernos combinados armónicamente entre sí, sin perder nada de su pureza original ni de su grandeza primitiva. Esta pacífica combinacion de fuerzas que son entre sí contrarias, y de gobiernos cuya única ley, humanamente hablando, es la guerra, es el espectáculo mas bello en los anales del mundo. Si el gobierno de la Iglesia pudiera ser definido, podria definirsele diciendo: que es una inmensa aristocracia, diri-

gida por un poder oligárquico, puesto en la mano de un rey absoluto, el cual tiene por oficio darse perpétuamente en holocausto por la salvacion del pueblo. Esta definicion sería el prodigio de las definiciones, de la misma manera que la cosa en ella definida es el prodigio mas grande de la historia.

Resumiendo en breves palabras cuanto va dicho hasta aquí, podemos afirmar, sin temor de ser desmentidos por los hechos, que el Catolicismo ha puesto en orden y en concierto todas las cosas humanas. Ese orden y ese concierto, relativamente al hombre, significan que por el Catolicismo el cuerpo ha quedado sujeto á la voluntad, la voluntad al entendimiento, el entendimiento á la razon, la razon á la fé, y todo á la caridad, la cual tiene la virtud de trasformar al hombre en Dios, purificado con un amor infinito. Relativamente á la familia, significan que por el Catolicismo han llegado á constituirse definitivamente las tres personas domésticas, juntas en uno con dichosisima lazada. Relativamente á los gobiernos, significan que por el Catolicismo han sido santificadas la autoridad y la obediencia, y condenadas para siempre la tiranía y las revoluciones. Relativamente á la sociedad, significan que por el Catolicismo tuvo fin la guerra de las castas, y principió la concertada armonía de todos los grupos sociales; que el espíritu de asociaciones fecundas sucedió al espíritu de egoismo y de aislamiento, y el imperio del amor al imperio del orgullo. Relativamente á las ciencias, á las letras y á las artes, significan que por el Catolicismo ha entrado el hombre en posesion de la verdad y de la belleza, del verdadero Dios y de sus divinos resplandores. Resulta, por último, de cuanto llevamos dicho hasta aquí, que con el Catolicismo apareció en el mundo una sociedad sobrenatural, excelentísima, perfectísima, fundada por Dios, conservada por Dios, asistida por Dios; que tiene en depósito perpétuamente su eterna palabra; que abastece al mundo del pan de la vida; que ni puede engañarse ni puede engañarnos; que enseña á los hombres las lecciones que aprende de su divino Maestro; que es perfecto trasunto de las divinas perfecciones, sublime ejemplar y acabado modelo de las sociedades humanas.

En los siguientes capítulos se demostrará cumplidamente que ni el Cristianismo, ni la Iglesia Católica, que es su expresión absoluta, han podido obrar tan grandes cosas, tan altos prodigios y tan maravillosas mudanzas, sin una acción sobrenatural y constante por parte de Dios, el cual gobierna sobrenaturalmente á la sociedad con su providencia y al hombre con su gracia.

CAPÍTULO IV.

EL CATOLICISMO ES AMOR.

ENTRE la Iglesia Católica y las otras sociedades derramadas por el mundo hay la misma distancia que entre las concepciones naturales y las sobrenaturales, entre las humanas y las divinas.

Para el mundo pagano la sociedad y la ciudad eran una cosa misma. Para el romano la sociedad era Roma; para el ateniense, Atenas. Fuera de Atenas y de Roma no había más que gentes bárbaras é incultas, por su naturaleza agrestes é insociables. El Cristianismo reveló al hombre la sociedad humana; y como si esto no fuera bastante, le reveló otra sociedad mucho más grande y excelente, á quien no puso en su inmensidad ni términos ni remates. De ella son ciudadanos los santos que triunfan en el cielo, los justos que padecen en el purgatorio, y los cristianos que combaten en la tierra.